



Ciencia Ergo Sum

ISSN: 1405-0269

ciencia.ergosum@yahoo.com.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Erdely Graham, Jorge

Suicidios colectivos rituales: un análisis interdisciplinario

Ciencia Ergo Sum, vol. 7, núm. 1, marzo, 2000

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10401708>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Suicidios colectivos rituales: un análisis interdisciplinario

JORGE ERDELY GRAHAM*

Recepción: 04 de mayo de 1999

Aceptación: 17 de mayo de 1999

Ritual Collective Suicides: An Interdisciplinary Analysis

Abstract. *Ritual collective suicides have appeared close to the turn of the new millennium. This phenomenon, along with the cases of sectarian terrorism, has occurred in different cultures and social strata. People from a variety of ethnic backgrounds and countries have been involved in this sort of rituals. Messianic leaderships and unconditional obedience are the ever present factors in communities involved in this type of behavior.*

Introducción

El pasado 18 de noviembre de 1998 se cumplió el veinte aniversario del suicidio colectivo de casi mil personas en Jonestown, Guyana. Esa fatídica tarde, cientos de personas, incluidos niños, obedecieron la orden del reverendo Jim Jones de beber cianuro de potasio disuelto en refresco. Aquéllos que se negaron fueron asesinados por la guardia paramilitar de Jones. El resultado fueron 914 muertos de la secta Templo del Pueblo, incluido el propio líder (Tobias y Lulich, 1994).

El evento de Jim Jones inauguró la era moderna de los suicidios rituales colectivos que se vienen suscitando con mayor incidencia conforme se acercaba el fin de milenio. Quince años más tarde, el 19 de abril de 1993, David Koresh, dirigente de los davidianos se autoinmoló junto con más de 80 seguidores (Samples *et al.*, 1994). Semanas antes, Koresh y 528 de los suyos habían protagonizado un enfrentamiento a tiros con la policía que dejó seis agentes federales y cuatro miembros de la secta muertos además de 20 heridos. El lugar de los hechos fue el rancho Monte Carmelo, en Waco, Texas.

En octubre de 1994, la sociedad esotérica secreta conocida como Orden del Templo Solar sorprendió a los analistas socio-religiosos. Luc Jouret, homeópata de profesión, efec-

tuó, junto con sus seguidores, suicidios diferidos en Suiza y Canadá. 48 individuos murieron en el primer país y desde entonces hasta la fecha se han añadido más de 18 personas a la lista (Abanes, 1998). Las investigaciones más recientes indican que no todos los casos fueron realmente suicidios. Varios fueron homicidios y además, previamente, se han documentado casos de ejecuciones de disidentes (Harris, 1977).

I. Mesías modernos y terrorismo apocalíptico

Un año antes de que iniciaran los eventos de la Orden del Templo Solar, precisamente en noviembre, las autoridades locales de Ucrania impidieron el suicidio, públicamente anunciado, de los seguidores de Marina Tsvigun, quien afirma ser la encarnación de Jesucristo. Para prevenir la tragedia, las autoridades arrestaron a 779 de sus seguidores en Kiev, incluyendo a la lideresa, quien fue puesta en prisión (Abanes, *op. cit.*). El culto a Marina Tsvigun, quien se hace llamar también *María Devi Christ*, tiene alrededor de 150 mil seguidores distribuidos en distintos países de la desaparecida Unión Soviética. El grupo es conocido como La Fraternidad Blanca.

Los efectos de la influencia social de distintos líderes religiosos con personalidad mesiánica no se restringen a inducir suicidios colectivos o a ordenar la desaparición de disidentes. En muchas ocasiones la misma violencia que se genera en el interior de dichas comunidades religiosas, es canalizada para incitar actos de violencia irracional contra los de afuera.

*Licenciado en ciencias biológicas por la Universidad de Mary Hardyn-Baylor. Profesor de teología con énfasis en religiones comparadas, y escritor de varios libros entre los que destaca el Best-Seller *Pastores que abusan*. Actualmente realiza estudios de doctorado en filosofía y ciencias de la educación en la Universidad de Newport, California. Es director académico del Centro de Investigaciones del Instituto Cristiano de México. Correo electrónico: ICM@compuserve.com

Un ejemplo de esto es lo que sucedió la mañana del 20 de marzo de 1995 en Tokio, Japón. Shoko Asahara, gurú de la comuna neo-budista *Aum Shinrikyo* (Verdad Suprema), ordenó a sus seguidores colocar bombas con gas sarín neurotóxico para atacar a los usuarios de transporte del metro. El atentado, cuidadosamente planeado para llevarse a cabo en las horas de más afluencia, dejó como saldo doce muertos y más de seis mil personas intoxicadas (Kaplan y Marshall, 1996).

Seis semanas después, un error en el mecanismo de acción de otra bomba colocada por miembros de la Verdad Suprema en los andenes del tren subterráneo evitó una tragedia de proporciones inimaginables. El artefacto explosivo, ubicado para ser succionado por el sistema de ventilación, contenía una mezcla volátil de cianuro e hidrógeno que, según los especialistas, hubiera terminado con la vida de 20 mil personas casi instantáneamente. Fueron escasos minutos los que faltaron para que el apocalipsis japonés que había predicho Shoko Asahara comenzara a cumplirse (*ibid.*).

Como Kaplan y Marshall señalan en su investigación, vale la pena hacer notar que el terrorismo con armas químicas en la era moderna no lo inauguró un grupo guerrillero con fines políticos, sino una secta destructiva (Erdely, 1997).

En mayo de 1981, el gurú Bhagwan Shree Rajneesh dejó su país natal, la India, para establecer una enorme comuna en el estado de Oregon, en los Estados Unidos. Rajneesh, conocido también como el gurú del sexo, había realizado previamente en su país experimentos con seres humanos sin supervisión médica y muchas veces sin su consentimiento. Todos los participantes eran fervorosos adeptos de los *sanyassines*.

Las novedosas pseudoterapias religiosas *New Age* que aplicó el gurú dejaron una larga lista de personas con trastornos que iban desde psicosis inducidas hasta conductas suicidas. Existen prácticas documentadas, durante los inicios del grupo, de violaciones tumultuarias como parte de sus ritos. Los problemas legales que tuvieron en la India, y que dieron lugar a que el grupo tuviera que salir huyendo, no impidieron que los *sanyassines* de Bhagwan Rajneesh recibiera reconocimiento oficial como religión por parte de las autoridades de Estados Unidos. Los *sanyassines* establecieron una comuna con varios miles de seguidores cerca del poblado de Antelope, Oregon. A pesar de tener nexos comprobados con el narcotráfico, de que se violaban los derechos de los niños al negarles la educación, y de que muchos de los mismos eran víctimas de abuso sexual en el interior de la comuna, el poderío económico de los *sanyassines*, aunado a una intrincada red de complicidades políticas, impidió durante largo tiempo que sus actividades fueran expuestas públicamente. A esto contribuyeron también especialistas en manejo de imagen pública, renombrados bufetes jurídi-

cos y sobre todo el status legal de religión que les otorgó el gobierno (Jeremiah Films, 1986).

Las autoridades federales de los Estados Unidos nunca imaginaron el costo que tendría el haber otorgado dicho reconocimiento. Al igual que en el caso de la Verdad Suprema, a los *sanyassines* les resultó particularmente redituable la estrategia de gritar “intolerancia religiosa” cada vez que los medios de comunicación o grupos defensores de los derechos humanos denunciaban las actividades ilícitas de la organización.

Finalmente, el procurador del estado de Oregon se vio forzado a intervenir debido a que los *sanyassines* crearon un conflicto político al tratar de adueñarse de puestos claves de la administración pública del condado y al influir en las elecciones a través de la importación masiva de desempleados de otros estados a su comuna a cambio de votos. La maniobra fue denunciada por distintas organizaciones ciudadanas y el FBI investigó las actividades de la secta, lo que lo llevó a descubrir un complot de Rajneesh y sus seguidores para envenenar la presa que abastecía de agua a la población de The Dalles, Oregon. El plan se logró impedir, pero las investigaciones revelaron que anteriormente el grupo había sembrado cultivos bacteriológicos de *salmonella* en distintos restaurantes del condado sede para castigar a los pobladores de Antelope por no comulgar con sus creencias y oponerse a su proyecto político teocrático. El resultado fue de 700 intoxicados, incluyendo niños (*ibid.*).

Bhagwan Shree Rajneesh sólo se declaró culpable de dos de los once cargos que se le imputaban. Después de todo, él no había depositado directamente los cultivos de *salmonella*. Se esperaba una larga y costosa batalla jurídica para lo cual Rajneesh contaba con un ejército de abogados y millonarias cuentas bancarias. Finalmente, se le sentenció a 10 años de cárcel y posteriormente fue deportado de los Estados Unidos, además de que pagó una multa de 450,000 dólares. Los más de 90 Rolls Royce de Rajneesh y el campo de entrenamiento paramilitar con decenas de rifles AK-47 quedaron abandonados cuando, una vez más, sus seguidores tuvieron que emigrar a otro país, esta vez bajo el liderazgo sustituto de Sheela, la secretaria personal de Bhagwan. El nombre del gurú, Bhagwan Shree Rajneesh, significa *Señor Dios del Universo*. Él afirmaba ser una reencarnación divina (*ibid.*).

Actualmente, distintos especialistas monitorean el surgimiento de otro culto religioso apocalíptico relativamente desconocido: *Jombola*. Gestado en la empobrecida República Africana de Sierra Leona, en un contexto de intensa crisis sociopolítica, Jombola es dirigido por el místico Pa Kujah, quien junto con sus seguidores ha asesinado a 30 personas en sólo doce meses en nombre del pensamiento mágico (Fofana, 1997).

El caso más reciente (*ibid.*) de suicidio colectivo por motivos religiosos que ha atraído la atención de la opinión pública y de los medios de comunicación, fue el que involucró a 39 seguidores de *Heaven's Gate*, un reducido grupo religioso clasificado como un movimiento sincrético (Abanes, *op. cit.*).

Marshall Applewhite, maestro de música que tenía una particular atracción por los OVNIS y fundador de Puerta del Cielo, afirmaba ser un extraterrestre encarnado: específicamente *E.T.*, el mítico personaje de la película de Steven Spielberg. Para otros de sus seguidores era Jesucristo mismo.

Applewhite y el resto de sus discípulos dejaron de existir entre el 24 y el 27 de marzo de 1997, después de ingerir una mezcla de fenobarbital con vodka. Cuando esto no bastó para terminar con sus vidas, se recurrió al suicidio por asfixia, colocando bolsas de plástico sobre el rostro de algunos de los participantes (Gleick, 1977).

Al final se encontraron, en sus respectivas camas, los cadáveres de hombres y mujeres de apariencia andrógina, todos vestidos de negro, con cortes similares de pelo y cubiertos con un paño en forma de diamante de color púrpura.

El rito final de los integrantes del grupo Puerta del Cielo tenía como objetivo, según su marco doctrinal, liberarlos de sus cuerpos para poder unirse a una nave espacial que, de acuerdo con su líder, venía detrás del cometa Hale-Bopp, visible en esos días desde la Tierra (Thomas, 1977).

Los anteriores son algunos de los eventos de suicidio colectivo ritual que por sus características han llamado más la atención de investigadores sociales, medios de comunicación y opinión pública en las últimas dos décadas.

Sin embargo, éstos no han sido únicos. En México y Corea del Sur, por ejemplo, también han ocurrido hechos similares, aunque en menor escala.

Por su parte, los casos de La Verdad Suprema y los sanyassines de Bhagwan Rajneesh son ejemplos de organizaciones religiosas que realizan actos de violencia a gran escala contra la sociedad en general, o contra aquellos sectores de la misma que perciben como obstáculos para la propagación de determinadas creencias o simplemente para cumplir predicciones apocalípticas. Otro caso relativamente reciente, que está en la mesa de discusión, es el de Timothy McVeigh, autor del bombarzo al edificio de oficinas federales en Oklahoma el 19 de abril de 1995. El atentado se llevó a cabo como represalia, precisamente en el segundo aniversario de la confrontación de la policía estadounidense con los davidianos de Waco, y dejó como saldo 168 víctimas, incluyendo niños (Russakoff y Kovaleski, 1995), McVeigh era simpatizante de milicias fundamentalistas de extrema derecha.

II. Una variante atípica del fenómeno del suicidio

El análisis de los casos anteriores desde una perspectiva interdisciplinaria, arroja como resultado datos que aportan claves importantes para tener una mejor comprensión del fenómeno del suicidio colectivo por motivos religiosos particularmente de su vinculación con los liderazgos mesiánicos.

Lo primero que salta a la vista al examinar dichos sucesos, es que estamos ante una variante bastante compleja del fenómeno social del suicidio.

Según la ciencia médica, la causa de suicidio que tiene primer lugar en incidencia en todo el mundo es la depresión clínica (Leenaars, 1996) la cual es a su vez de etiología multifactorial (American Psychiatric Association, 1994). Eventos como los de Jim Jones, en Guyana, o los suicidios de Puerta del Cielo difícilmente podrían encuadrar en dicha categoría. Es difícil imaginarse, en cuanto a causas se refiere, que 900 seres humanos, cada uno de ellos complejo en sí mismo, coincidieran en presentar al mismo tiempo los síntomas clínicos de una depresión del mismo grado y encauzarlos, todos en el mismo día, en un acto suicida que además coincidiera en la forma de llevarlo a cabo. Esto sería un absurdo.

Los suicidios colectivos religiosos tampoco corresponden con un patrón de comportamiento histórico fácil de identificar.

Un hecho como el de Masada podría aparentar tener como motivación principal la religiosa, pero no podemos soslayar que ocurrió en un contexto de guerra y prolongado asedio (*The New Encyclopaedia Britannica*, 1995). Quitarse la vida antes de caer en manos de un adversario particularmente cruel como lo fue en su época el ejército romano, era una práctica común que tenía como objetivo evitar las torturas y vejaciones que acompañaban el hecho de ser capturado, que finalmente culminaría en ejecuciones cruentas o en la venta de prisioneros como esclavos. Suicidios como los de Masada ocurrieron también por razones similares, en los tiempos de las cruzadas, en hogares musulmanes. Ellos no sólo pudieron haber sido motivados exclusivamente por el miedo al sufrimiento. Algunas culturas del Medio Oriente tienen un muy particular sentido de la dignidad personal y del honor. Para ellos la muerte es preferible en algunos casos, a la deshonra (Cameron y Richlak, 1985). Cualesquiera que hayan sido las motivaciones, una cosa es cierta, no se puede asegurar, con base en los datos históricos, que las razones religiosas predominaran ni mucho menos que se tratara de un rito. No existen bases para clasificar el caso de Masada como un suicidio religioso.

Suicidios individuales que involucren motivaciones religiosas, se han presentado en distintos sistemas de creencias en diferentes épocas. Ejemplos de esto son los monjes tibetanos y budistas que se prenden fuego en actos políticos de protesta. También están los kamikazes japoneses de la Segunda Guerra Mundial y los terroristas palestinos contemporáneos de la Jihad y del Hamas. Hechos como éstos, sin embargo, no suelen ser grupales, menos aún masivos, y se entremezclan las motivaciones políticas en sus contextos concretos (guerras por ejemplo). Esto los separa definitivamente de aquéllos que se analizan en este estudio.

Por otro lado, al definir el fenómeno del suicidio se deben hacer las debidas distinciones con respecto a aquellos actos en los que personas arriesgan su vida en el cumplimiento de lo que consideran un deber religioso. Por ejemplo, misioneros de diversas organizaciones que se exponen, con conocimiento de causa, a probables enfermedades o peligros en lugares inhóspitos para propagar sus creencias o ayudar a los necesitados. En estos casos, la muerte no es buscada como un fin, ni tampoco es deseada, sino que se actúa siguiendo las propias convicciones a pesar de los riesgos. De manera similar, los soldados cumplen con deberes patrióticos a pesar de los peligros, sin que por ello se considere suicida su conducta. Lo mismo ocurre con los activistas de derechos humanos, con los luchadores políticos y sociales, entre otros, que aun a sabiendas de que sus vidas pueden correr peligro, no abandonan las causas por las que luchan. Aquí caben también los competidores en deportes de alto riesgo.

Un análisis psicológico cuidadoso de éstos y otros ejemplos puede demostrar fácilmente que dichas personas esperan escapar de la muerte, y si se llegan a habituar a esa idea, es más como mecanismo de defensa, por librarse del miedo a ésta, que porque estén realmente resignados a ella. En los casos de individuos con creencias religiosas interviene además el elemento de la fe. Allí es común que se esperen no sólo circunstancias favorables dentro del margen de la probabilidad, sino aun circunstancias providenciales, o sea intervenciones de cualquier deidad en que se crea. Este mecanismo suele motivar a individuos de una u otra religión, a enfrentar peligros reales de muerte teniendo fuertes expectativas de ser librados para seguir adelante con su labor.

En aquellos eventos en los cuales la muerte se percibe como un suceso altamente probable o aun inminente, y no se abandona la conducta que pudiese conducir a la misma, los actores pueden estar imbuidos por la idea de que en caso de que ésta sobreviniera, la pérdida de sus vidas traería un beneficio importante *a posteriori* (libertad a la patria, una sociedad más justa, entre otros). A pesar de los riesgos en

que se puede incurrir con un esquema ideológico de esta naturaleza, dicha conducta no se clasifica tampoco como suicida. Correr riesgos es distinto a terminar con la existencia propia. El arriesgarse da siempre cabida a la posibilidad de la esperanza de que para lograr un objetivo determinado, no se tenga necesariamente que llegar al momento de la muerte. El suicidio, por el contrario, implica una acción dirigida a terminar con la vida propia.

Finalmente, se deben hacer las debidas distinciones con aquellos actos de heroísmo en que los seres humanos arriesgan la vida para salvar la de otros. El instinto de protección, la falta de tiempo para reflexionar sobre un riesgo en situaciones de peligro, y toda la gama de reacciones que provocan las descargas de cortisol y adrenalina en el sistema nervioso central, eximen a este tipo de acciones del calificativo de suicidas, sobre todo cuando consideramos que la intencionalidad del acto es de ayudar a quien se encuentra en peligro, no la de quitarse la vida.

III. El concepto de suicidio colectivo ritual

Con base en las consideraciones anteriores se puede afirmar que casos como los de Waco, Guyana, y la Orden del Templo Solar no encuadran en las formas ni se explican por las causas clásicas que acompañan a las conductas suicidas comunes. Estamos pues, ante un comportamiento de etiología distinta, característico de la era posmoderna.

El término de *suicidio colectivo ritual* es adecuado para referirse a los suicidios masivos que tienen una motivación preeminentemente religiosa. Aquellos eventos en los cuales el suicidio se practica y acepta por los participantes de una organización religiosa como un rito esencial incorporado a su sistema de creencias. Así, los 39 integrantes de la secta Puerta del Cielo se quitaron la vida como parte de un ritual que, según su ideología, les permitiría alcanzar una nave espacial que para ellos significaba el ser librados, entre otras cosas, de su propio cuerpo y de las tentaciones de este mundo (Gleick, *op. cit.*).

Los miembros de la Orden del Templo Solar se autoinmolaron como parte de un rito de alto contenido simbólico que incluía el fuego porque habían abrazado la idea de que sólo así podrían llegar al planeta Sirius (Abanes, *op. cit.*).

Jim Jones, por su parte, no desarrolló inicialmente un sistema de creencias que incluyera un rito tal. Sin embargo la obediencia ciega e incuestionable a sus órdenes sí era parte esencial de su ideología. Como elemento de su sistema de valores, la obediencia absoluta a cualquier indicación suya era prácticamente una condición de salvación (Tobias y Lulich, *op. cit.*). Lo mismo sucedía con los davidianos (Samples

et al., op. cit.). Ambos terminaron generando eventualmente una ideología religiosa suicida.

Muy similar en cuanto a incorporar la obediencia incondicional como parte central de su doctrina religiosa fue Shoko Asahara, fundador de La Verdad Suprema en Japón (Kaplan y Marshall, *op. cit.*). Como se ha dicho antes, este último caso se ha incluido en este estudio a pesar de no haber inducido a un suicidio colectivo, para mostrar que los mecanismos que generan violencia autodestructiva en una comunidad religiosa son los mismos que pueden generar violencia a gran escala contra la sociedad.

El mosaico cultural que abarca los casos de suicidio colectivo echa por tierra una hipótesis que ha sido divulgada en forma irresponsable por líderes políticos y algunos investigadores en nuestro país. Dicha tesis, difundida en los medios de comunicación y en los espacios académicos a raíz del suicidio de los integrantes de *Heaven's Gate*, sostiene lo siguiente: los suicidios colectivos rituales ocurren solamente en sociedades altamente modernizadas (Garma, 1997). Estas declaraciones son palpablemente contrarias a los datos que revela una revisión, aunque sea superficial, de la casuística sobre este tema. Guyana, Sierra Leona y México difícilmente podrían ser clasificados así.

El caso de *Heaven's Gate* en California, y previamente el de la Orden del Templo Solar, por su parte, también echan por tierra otro mito popular que afirma que las sectas destructivas tienen éxito en su proselitismo principalmente por reclutar personas provenientes de sectores socioeconómicos marginados. También aduce que estos estratos son los más proclives al fanatismo. Dicha presuposición es falsa, pues los datos indican claramente que los integrantes de un culto suicida pueden provenir de cualquier estrato socioeconómico y nivel intelectual.

Los seguidores de Marshall Applewhite eran adultos con éxito financiero en una sociedad altamente competitiva como la estadounidense (Gleick, *op. cit.*), esto presupone un buen nivel de capacitación técnica, disciplina y conocimientos prácticos. Nada de eso impidió que atentaran contra su vida. Aum Shinrikyo reclutó graduados de las mejores escuelas de Japón, incluyendo a brillantes científicos. Algunos de ellos podrían ser catalogados como verdaderos genios (Kaplan, *op. cit.*). Ni su preparación, ni su inteligencia evitaron que participaran en acciones criminales ordenadas por el líder de su agrupación. Su desarrollado intelecto fue tan sólo una herramienta para intentar llevar a cabo el sueño del gurú de desencadenar un apocalipsis y poder cumplir así sus predicciones. Recuérdese también que Christian Bonet, un afamado psicoterapeuta suizo, se suicidó en 1995 con otros integrantes de la Orden del Templo Solar en Francia.

Los trabajos de Lifton, Hochman y Langone han demostrado científicamente que es posible utilizar técnicas coercitivas de manipulación psicológica e influencia social que pueden inhibir el juicio crítico y los procesos normales de razonamiento en una colectividad religiosa y en un régimen totalitario (Lifton, 1989). Singer y Clark por su parte, han demostrado clínicamente las técnicas que inducen estados disociativos en miembros de sectas (Ofshe y Singer, 1986). Esto derrumba la falacia anteriormente mencionada y al mismo tiempo aporta una base para explicar por qué personas cultas e inteligentes pueden llegar a participar en suicidios rituales o en actos de terrorismo religioso inducido.

Por otro lado, la autoinmolación por razones religiosas no respeta edades. Marshall Applewhite tenía 65 años y sus seguidores fluctuaban entre los 20 y los 72 (Gleick, *op. cit.*). Entre los davidianos predominaban los adultos jóvenes y aunque en Waco también murieron niños, poco se sabe acerca de qué tan voluntariamente lo hicieron (Samples *et al., op. cit.*). En el caso particular de Jonestown en Guyana, existen declaraciones grabadas previas al suicidio colectivo, en donde menores de edad manifestaban su decisión de morir si Jim Jones así lo creía conveniente (Jeremiah Films, *op. cit.*). La alta sugestibilidad de los menores de edad es un hecho clínicamente demostrado (Lyons-Ruth *et al., 1996*).

El trasfondo religioso de los participantes en suicidios colectivos rituales o actos de terrorismo religioso contra la sociedad ha sido tan variado como las distintas ideologías que se fundieron para dar lugar a cada uno de dichos movimientos. Motivos de espacio nos impiden ocuparnos de esto con detalle; sin embargo, para los propósitos de este estudio es conveniente tener al menos un panorama general del perfil de las agrupaciones más relevantes que se han venido mencionando.

A continuación una síntesis al respecto.

Tanto los líderes religiosos como los sistemas de creencias en que se generaron las dinámicas que llevaron a estos eventos, encuadran en diferentes clasificaciones. Se ha tratado en general de grupos eclécticos: en unos predominaban las doctrinas *New Age*, en otros, las budistas, las esotéricas o las paracristianas. En ocasiones fueron sistemas sincréticos altamente diversificados que no se ajustan a las tipologías más comunes que nos ofrecen las distintas disciplinas que estudian el campo religioso. Esto no descarta que el fenómeno pudiera presentarse en grupos religiosos menos heterodoxos, o en los llamados institucionalizados (algunos de hecho lo eran). El Profr. Carlos Garma, de la Universidad Autónoma Metropolitana, ha argumentado públicamente que los suicidios colectivos no pueden ocurrir sino en movimientos religiosos que aún no están institucionalizados. Dicha hipóte-

sis es contraria a la casuística. El Templo del Pueblo de Jim Jones era para cualquier estándar un movimiento institucionalizado, lo mismo que La Verdad Suprema en Japón.

La ideología del suicidio ritual: un acercamiento a las causas

La causa subyacente de los suicidios rituales no se encuentra en sí en los sistemas de creencias que se sincretizan para formar sectas como el Templo del Pueblo o la Verdad Suprema. Las corrientes ortodoxas de hinduismo, budismo, esoterismo y cristianismo no incluyen como parte de su credo y liturgia un rito de tal naturaleza y de hecho algunos de sus principios se oponen al suicidio. La causa se encuentra más bien en tres factores específicos, relacionados entre sí, que han estado presentes sin excepción en todos los casos estudiados. Estos igualmente se han hallado en los actos de terrorismo urbano que llevaron a cabo Verdad Suprema y los sanyassines. Dichos factores trascienden los distintos sistemas de creencia en que operan, de tal manera que se pueden considerar como la causa común; son lo que podríamos llamar *la ideología del suicidio colectivo ritual*. Esta triada puede estar barnizada exteriormente de budismo, gnosticismo, *New Age* o cristianismo, pero no es ninguna de estas creencias, ni ninguna combinación de ellas, sino el producto de una manipulación selectiva de sus principios para intentar justificar serias psicopatologías del liderazgo (Magid y McKelvey, 1989; Goldman, 1994).

De la observación del fenómeno de autoinmolación colectiva inducida por ideas religiosas, así como de los casos de Aum y Rajneesh, se establece que, independientemente del grupo del que se trate, siempre han estado presentes los siguientes elementos indispensables para consumir los hechos: primero: un líder mesiánico, en el sentido restrictivo del concepto; segundo: una colectividad dispuesta a obedecer a ese líder en forma ciega e incondicional; tercero: un evento desencadenante.

Nunca han ocurrido suicidios rituales colectivos sin que se hayan registrado en forma clara estos tres factores, independientemente de la presencia o ausencia de otras variables.

Para hacer un acercamiento objetivo al tema es vital tener definiciones conceptuales precisas de cada uno de los factores causales y comprender sus respectivas interrelaciones. Sólo de esta manera se pueden entender las causas de los suicidios colectivos rituales y, en su caso, diseñar estrategias para intentar prevenir la pérdida de vidas humanas.

IV. El líder mesiánico, primer factor de riesgo

El uso laxo que frecuentemente se hace del concepto de líder mesiánico en nuestra cultura ha hecho que el concepto

se preste a interpretaciones ambiguas. Así, se habla de líderes políticos con discursos “mesiánicos”, cuando éstos promueven un proyecto político que consideran el único viable para solucionar una determinada situación. “En este partido político no caben los mesianismos”, puede ser interpretado como una crítica a un dirigente que, proyectando una imagen fuerte de liderazgo, comienza a sobresalir entre los demás. No es en este sentido informal en el que debemos entender el concepto de líder mesiánico para los propósitos de este estudio. Más bien, como se mencionó anteriormente, necesitamos definir el sentido lingüístico restrictivo del segundo término. Para ello, es necesario analizarlo etimológicamente, en su contexto histórico original, dándole pleno valor a su significado histórico y simbólico.

La palabra Mesías proviene del hebreo *mashiac*. Significa literalmente ungido. Según la raíz verbal de dicha palabra, Mesías es “aquél sobre el cual es derramado aceite” (Brown *et al.*, 1979). Este concepto tenía, desde tiempos antiguos, un profundo significado simbólico entre los hebreos, que fueron quienes lo transmitieron a la cultura occidental. Originalmente traía consigo la idea del ser apartado, consagrado, para realizar una encomienda por disposición divina (*ibid.*). El término Mesías se aplicaba en la Era antiguo testamentaria a los reyes, a los sacerdotes del linaje aarónico y a los profetas. Una implicación directa del uso que se le daba al vocablo era la de ser distinguido como un individuo especial.

El concepto hebreo de hace tres mil años siempre tuvo implícito un triple significado: una misión o encomienda divina específica que cumplir; ser considerada una persona especialmente señalada, favorecida por Dios para llevar a cabo dicha tarea, y la idea de estar apartado, en un sentido ritual de consagración, de los demás seres humanos, para tal misión.

Como puede apreciarse hasta aquí, el término Mesías o Ungido no se aplicaba en general, en forma exclusiva a una sola persona, sino más bien a ciertas élites (sacerdotes, reyes o profetas).

Sin embargo, paralelamente se desarrolló un sentido totalmente restrictivo del término en lo que se denomina teológicamente *profecía mesiánica*. Así, textos históricos como el *Talmud* y la *Biblia* hablaban no sólo de distintos *ungidos*, sino de *El Ungido* o *El Mesías* que habría de venir. Diversos pasajes del texto sacro de Israel, así como las interpretaciones rabínicas en años posteriores consignadas en la Mishna, aplicaron el término Mesías a una sola persona: al que Dios enviaría para salvar a Israel (Edersheim, 1987). Además de este uso exclusivista y de su distinción con el concepto más amplio, las interpretaciones de distintas escuelas a través de la historia añadieron, basados en el estudio de los textos anteriores, aún más dimensiones al significado: dicha perso-

na sería de origen divino; es más, sería Dios mismo en cuerpo humano y por lo tanto poseería un sinnúmero de poderes sobrenaturales que incluirían el otorgar salud milagrosamente, el tener conocimientos suprasensoriales y el dispensar el perdón de los pecados. El Mesías venidero, según las doctrinas rabínicas, no sería un ungido más, sería el Salvador y englobaría todas las características del concepto hebreo hasta aquí explicadas. Sería también un gobernante en el ámbito político (*ibid.*).

En los inicios de la Era Común, hace aproximadamente dos mil años, estas características le fueron atribuidas por muchas personas en Judea, Galilea y Samaria a Jesús de Nazaret. Sus seguidores vieron en él el cumplimiento de la profecía mesiánica de las Escrituras hebreas (*ibid.*). Esto fue lo que dio origen al cristianismo. El título El Cristo (del griego *Ho Christos*) es el equivalente lingüístico del concepto hebreo de El Mesías (*Ha Mashiach*).

Fue precisamente en esta época de la historia cuando el significado del concepto Mesías se empezó a consolidar y su uso se restringió aún más. El cristianismo, por razones obvias, comenzó a usarlo en forma exclusiva para referirse a Jesús de Nazaret como redentor único, indispensable para la salvación de las almas (véase la teología Juanina en Juan 5 y Juan 14: 6). Desde entonces, y con algunas aportaciones de la teología paulina, el término *Christos* alcanzó su definición restrictiva completa. Conforme se expandió el cristianismo en el Imperio Romano y posteriormente su influencia alcanzó la mayor parte de la cultura occidental, el vocablo se latinizó y su uso prácticamente quedó restringido para referirse a Jesucristo.

En lenguaje moderno, un Mesías o líder mesiánico, en el sentido filológico correcto, es alguien a quien se le atribuyen las características anteriormente mencionadas, que en resumen, son las siguientes:

Una persona especial, con una encomienda divina determinada para cumplir en este mundo, escogida para llevar a cabo una misión redentora que abarca el ámbito espiritual (la otra vida) y el material (sociedad y política). Nadie más puede realizar tal misión. Es un ser humano, pero al mismo tiempo es considerado divino.

Tiene poderes sobrenaturales para curar, iluminar el alma, dar vida eterna, perdonar pecados, entre otros. Su existencia y actividades son indispensables para lograr lo anterior. Estas son las características mínimas para clasificar a un individuo como líder con pretensiones mesiánicas, al menos en un sentido religioso. Sólo se deben sumar dos más que nos aporta la historia de Jesús: ser incomprendido e injustamente perseguido (*The New-English Interlinear New Testament*, 1990).

Un ser humano que reclame tener esos atributos es un

líder con pretensiones mesiánicas independientemente de que se agrupe o no en torno a él un conjunto de seguidores. En contraste, un líder social o caudillo político que encabece un proyecto que considere o proponga como el único o más viable en determinadas circunstancias, no clasifica como líder mesiánico. Tampoco entran aquí aquellos líderes religiosos como los sacerdotes católicos y ortodoxos, los ministros protestantes, los guías espirituales esotéricos, entre otros.

Así pues, la existencia de un líder mesiánico es la primera constante observable en todos los suicidios colectivos rituales y en muchos casos de terrorismo sectario. Este es el primer factor de riesgo.

V. Segundo factor: obediencia incondicional

El segundo factor indispensable para que ocurra un suicidio colectivo ritual es la existencia de una colectividad dispuesta a obedecer de manera incondicional a su líder religioso. Ésta es la otra variable presente en todos los casos hasta ahora estudiados. La naturaleza *sine qua non* de este factor para que se genere un suicidio colectivo es tan evidente que no se requiere de mayor explicación. Tan solo debemos recordar que las muertes de Jonestown, Waco, Rancho Santa Fe y la Orden del Templo Solar, ocurrieron como consecuencia de que una orden dada por un dirigente espiritual fue obedecida. Lo mismo se puede decir del ataque al metro en Japón que realizó Verdad Suprema.

En este contexto, la *obediencia incondicional* se define como una disposición continua, en la que una comunidad religiosa está dispuesta a someterse a los dictados de su liderazgo, independientemente de la naturaleza del contenido de los mismos. Existen sólidas investigaciones acerca de las distintas técnicas psicofisiológicas de persuasión e influencia social que pueden llevar a seres humanos, independientemente de su coeficiente intelectual o de su nivel cultural, a una condición tal (Singer, 1987). No nos detendremos a analizar a profundidad el cómo, pues ya existen suficientes estudios enfocados a ello, sino más bien repararemos en el hecho observable que siempre es uno y el mismo: la obediencia incondicional.

Ésta debe distinguirse de otras formas de sumisión y control social que llevan implícitas en sí mismas límites, condiciones y mecanismos internos de regulación. El Estado, la familia y aquellos individuos que son considerados en determinados grupos sociales como autoridades religiosas, interactúan con las personas con base en patrones de autoridad y obediencia. Sin embargo ésta es una obediencia condicionada a factores como la razonabilidad de las deman-

das, la credibilidad, la autoridad moral y el grado de poder que de dichas instituciones emanan. Aunque el Estado, la familia, la escuela y las jerarquías religiosas piden obediencia, sus facultades están acotadas por normas y leyes. Ésta es pues una obediencia condicionada y acotada.

La naturaleza de la obediencia incondicional es totalmente distinta. En ella no hay normas ni leyes que delimiten las demandas de las autoridades sobre las personas. La única condición que opera es la credibilidad y el grado de poder que emana del liderazgo. En el ámbito religioso estos dos factores son extremadamente subjetivos.

La obediencia incondicional es un requerimiento clásico en los sistemas totalitarios. El poder de los mismos, en términos de influencia social y psicológica, es muchísimo mayor cuando se trata de instituciones religiosas dirigidas por quienes son considerados Mesías (Singer, 1995). Las razones que sustentan esto son obvias.

Cuando una comunidad realmente percibe a un individuo como Mesías, para ella su poder y autoridad trasciende por mucho al de cualquier institución social, llámese Estado, familia, o aun religión. La comunidad ve en su líder un poder ilimitado del que a menudo depende, según cree, su bienestar o castigo eterno; del cual pueden provenir maldiciones y bendiciones temporales, y aun afectar el futuro de familiares y generaciones venideras. La felicidad, la seguridad eterna y temporal de la persona y de sus seres queridos, pueden estar en juego cuando se trata de desafiar la autoridad de un Mesías. Tal amplitud y trascendencia de poderes no se puede comparar con los limitados alcances del que ejercen otras autoridades sociales. De allí que el grado proporcional de influencia psicológica esté dado en relación directa con el grado de poder percibido por los seguidores de un líder mesiánico.

Una vez que una persona o comunidad ha decidido obedecer incondicionalmente a un líder religioso con estas características, está prácticamente a merced de los dictados arbitrarios de una autoridad sin límite. Todo dependerá entonces de hasta dónde o hacia dónde el dirigente desee llevar a las personas.

La obediencia incondicional puede o no acompañarse de obediencia acrítica, pero es un hecho que suelen ir de la mano. Puede existir la obediencia incondicional y estar motivada por alguna razón hasta cierto punto comprensible desde la perspectiva religiosa del adepto a una secta. Marshall Applewhite argumentó una serie de silogismos que sonaban convincentes para sus seguidores, con el fin de inducirlos a acciones como la inhibición de su sexualidad a través de la castración, el homicidio y finalmente la autoinmolación.

Contextualizado en la dinámica interna que vivía este

grupo antes de suicidarse, los argumentos de su líder les parecían razonables y sonaban convincentes, independientemente de que partieran de premisas falsas. Una nave espacial tripulada por seres extraterrestres pasaba cerca de la tierra en esos momentos para llevarles a la felicidad eterna. La única manera de llegar a ella era dejar atrás sus “envases” (lenguaje técnico de *Heaven's Gate* para referirse al cuerpo humano). La forma de dejar esos envases era quitarse la vida a través de un complejo rito simbólico. Applewhite explicó, dio la indicación y fue obedecido por aquéllos que lo consideraban un dios encarnado. La felicidad futura y el ser librados del sufrimiento que para ellos conllevaba el poseer un cuerpo, fueron algunas de las motivaciones de los integrantes de *Heaven's Gate* para quitarse la vida.

Dicho de otra manera, hay un tipo de obediencia incondicional que suele ir acompañada de una *argumentación* y hay otra que no.

Obediencia incondicional y además acrítica es cuando las personas deciden obedecer dejando de utilizar su razonamiento para evaluar el contenido de las indicaciones que reciben. Una condición similar se ha definido en el ámbito de la psiquiatría médica como *obediencia automática* y es considerada un síntoma clínico grave de patología mental (Goldman, *op. cit.*).

En el caso particular de las sectas con perfil totalitario, los procesos de razonamiento de los integrantes están, en cuanto se refiere a evaluar órdenes de su líder, severamente disminuidos o suspendidos (Singer, 1979; Langone, 1993). Esta condición es bastante específica y no necesariamente aplicable a otras esferas de la vida de estas personas, aunque en ocasiones sí las afecta.

Al no analizar la naturaleza de lo que se les pide, las personas se encuentran en una posición de completa vulnerabilidad, ya que ni siquiera es necesaria una argumentación, aunque sea torcida, para convencerlas de la conveniencia de hacer, o dejar de hacer, lo que el líder diga.

Es obedecer lo que sea sin cuestionar, sin analizar, y ahorrándole de paso al líder religioso el trabajo de intentar justificar sus órdenes e indicaciones. Es obedecer, independientemente del código de ética del individuo, de las normas de sociedad que lo rodea o de la religión que dice profesar. En palabras de un seguidor de Aum Shinrikyo: “la voluntad del gurú es la ley”.

No es necesario enfatizar el peligro que corre una comunidad al llegar a una condición tal de sumisión. Innegable es también que la misma deja a la autoridad religiosa en inmejorables condiciones de ejercer control absoluto para explotar a sus seguidores a voluntad.

Las investigaciones psiquiátricas de Robert Lifton y

Margaret Singer, ésta última profesora clínica de la Universidad de California, Berkeley, sobre las metodologías poco éticas para influir la conducta social, demuestran que éstas crean condiciones adecuadas para que distintos liderazgos puedan controlar la conducta de otros seres humanos (Lifton, *op. cit.*). En el caso particular que estamos analizando, el factor miedo y el concepto de mesianismo se interrelacionan y potencializan mutuamente para poner en marcha determinados mecanismos psicofisiológicos e inhibir los procesos normales de razonamiento y las facultades de juicio crítico de las personas, volviéndolas especialmente susceptibles a la manipulación y a ser controladas (Singer, 1979).

En resumen, los mecanismos que provocan esto son los siguientes: que exista un grupo social que acepte las pretensiones mesiánicas de un líder religioso; esto genera que se perciba a dicha persona como la deidad misma o en su defecto como un representante en exclusiva de origen divino; en ese momento, la totalidad de los atributos simbólicos del concepto de deidad son transferidos al líder por el grupo de creyentes (entre ellos la idea de autoridad absoluta, y de normar en forma infalible principios de bien y mal).

De ahora en adelante el código ético y los preceptos de conducta los determinará el dirigente como una autoridad absoluta e incuestionable, creando un sistema de valores total que estará por encima y a menudo en contradicción con las leyes civiles, los preceptos de la religión que el líder diga representar (si es el caso) y aun de la conciencia misma de los individuos. Existe una nueva ley: la de los dictados del líder. No importa qué tan caprichosos, arbitrarios, dañinos o contradictorios sean, serán percibidos como de origen divino, con toda la fuerza que esto implica en la psique del ser humano. Esta nueva ley tiene, en otros casos, una naturaleza distinta a lo que regularmente interpretamos como ley, pues no requiere de ser consistente y puede cambiar día a día o de momento a momento, sin que sea necesaria una justificación y sin que el líder corra el riesgo de perder credibilidad.

Investigaciones sobre los escritos internos del mormonismo, la Iglesia de la Unificación del reverendo Moon y la sociedad *Watchtower* de los Testigos de Jehová pueden ayudar a entender mejor este fenómeno. En dichas organizaciones, los fundadores y/o dirigentes han exigido a sus fieles, a través de la historia, obediencia incondicional y a veces acrítica. Veamos algunos ejemplos:

“Si su líder le ordena hacer algo, hágalo. No es asunto suyo determinar si es correcto o incorrecto.” Heber C. Kimball, líder mormón (Decker y Hunt, 1987).

“Mantenga su mirada sobre el presidente de la iglesia. Si alguna vez dice que haga algo, y está equivocado, y usted lo hace, el Señor le bendecirá por ello.” Ezra Taft Benson,

apóstol de los mormones (*ibid.*).

“Yo soy vuestro cerebro. Toda persona y toda congregación que se oponga a la iglesia de la unificación decaerá gradualmente y finalmente desaparecerá.” Sun Myung Moon (Grafstein, 1984).

“Si vamos a caminar en la luz de la verdad, no sólo debemos reconocer a Jehová como nuestro Padre, sino a su organización como nuestra madre. Hoy también, Dios requiere obediencia, honor y respeto de sus hijos. Éstos deben someterse no sólo al Dios viviente, sino igualmente, también a su organización.” Testigos de Jehová (*La Atalaya*, 1957).

Acompañada de la solicitud de obediencia incondicional y a veces acrítica, algunos líderes sectarios suelen añadir, como en el caso del reverendo Moon, citado arriba, amenazas de destrucción contra los que no sigan sus indicaciones. Los siguientes ejemplos de apóstoles históricos del mormonismo hablan por sí mismos:

“No se puede hablar mal de los ungidos del Señor y retener el Espíritu Santo en el corazón.” (Decker y Hunt, *op. cit.*).

“Cuando nuestros líderes hablan, la reflexión ya ha sido hecha. Cuando proponen un plan es el plan de Dios. Cuando señalan el camino no hay ningún otro que sea seguro. Cuando indican la dirección debería ser el fin de toda controversia. Dios no obra de otra manera. Pensar que así pudiera ser, y no arrepentirse de inmediato, puede costar la propia fe, puede destruir el propio testimonio, y hacer de la persona un extraño en el reino de Dios.” (*ibid.*).

Es característico también que los líderes mesiánicos establezcan, implícita o explícitamente, reglas para evitar que su conducta sea evaluada por sus seguidores. La idea es crear un espacio de libertad absoluta para maniobrar a voluntad al inculcar en la mente de sus seguidores que por su posición de dirigentes ellos se encuentran más allá de todo parámetro ético. Por lo general este adoctrinamiento es phobocéntrico como se puede constatar en los ejemplos anteriores.

Los seguidores de grupos con filosofías como éstas vivirán por consecuencia en una atmósfera continua de temor de no obedecer las órdenes de romper las prohibiciones, o simplemente de analizar la conducta del gurú en turno. El temor a las represalias celestiales penderá sobre sus conciencias como una espada de Damocles en todo tiempo. Se temerá aun en pensar en la posibilidad de cuestionar la conducta personal del líder religioso. Esto no es sólo la consecuencia natural de percibir al líder como Mesías, y por ende no querer cuestionar a la deidad (o arriesgarse a cometer semejante osadía). Este tipo de liderazgos suele implementar técnicas bien estudiadas para desalentar cualquier actitud crítica hacia sus enseñanzas y/o estilos de vida (Erdely, 1994). Con esto, la atmósfera de temor en dichas

comunidades religiosas tenderá a aumentar.

Una característica muy particular de estos sistemas es el hecho de que los líderes mesiánicos tienden a redefinir radicalmente los esquemas éticos de la sociedad para adaptarlos a sus intereses personales. Es frecuente inclusive que los inviertan, con todo lo que esto implica.

Dependiendo de la radicalidad de las nuevas demandas de los líderes mesiánicos será el grado de conflicto de conciencia que a su vez se generará en los seguidores (Singer, 1995), lo que será otro factor para generar un estado de estrés permanente. Cualquier ser humano sujeto por algún tiempo a tensiones de esta índole pronto sufrirá de fatiga crónica. Si el conflicto de conciencia se induce en forma brusca y es de determinada magnitud, puede provocar un síndrome de estrés postraumático, condición que afecta el balance de serotonina a nivel cerebral y las funciones mentales (Southwick *et al.*, 1994).

El estrés, sobre todo cuando es provocado por romper el código ético en la conciencia del ser humano, agota los sistemas energéticos (Baruk, 1960). Todo esto interfiere directamente en las funciones cerebrales, particularmente inhibiendo los procesos de razonamiento y provocando alteraciones neurovegetativas (Clarck, 1979).

Las frecuentes descargas de cortisol y adrenalina traen como consecuencia bajas inmediatas en los niveles sanguíneos de glucosa (Jubiz, 1981), que es imprescindible para el buen funcionamiento cerebral. Aunque los niveles de glucosa sanguíneo tienden a normalizarse después de una descarga de adrenalina, esto toma tiempo. Si los ciclos se repiten esto aumentará la fatiga. A esto se pueden añadir, según sea el caso, los efectos de estados inducidos de disociación y euforia, la privación del sueño, las dietas hipoprotéicas con contenido deficiente de vitaminas del complejo B, y las técnicas de hiperventilación que disminuyen los niveles de dióxido de carbono en la sangre con la consiguiente disminución del flujo sanguíneo cerebral, o cualquier combinación de las anteriores (West y Singer, 1980).

La inhibición fisiológica de los procesos de razonamiento favorece la sugestibilidad, disminuye la capacidad de tomar decisiones en forma lógica y hace propensas a las personas a actuar en forma irracional. Todo este cuadro favorece el control del individuo y crea condiciones idóneas para que otras personas manipulen su comportamiento.

La obediencia incondicional y un líder religioso con pretensiones mesiánicas son el binomio siempre observable en los suicidios colectivos rituales. Mientras un sinnúmero de variables pueden estar o no presentes, la existencia de este binomio es imprescindible. No ha habido un solo caso documentado de suicidio colectivo ritual sin él. Por lo anterior,

todo sistema religioso en que se identifiquen ambos factores es potencialmente suicida.

La *potencialidad* en este caso se define como un indicador de que las condiciones están dadas para que el suicidio colectivo pueda ocurrir.

Puesto que se requiere de la presencia de ambos factores para hablar de potencialidad, se sobreentiende que si uno o los dos están ausentes, ésta aún no existe. Tener claro este principio es indispensable para prever escenarios y en su caso diseñar estrategias para intentar prevenir dichos sucesos.

Con todo lo anterior, existe una obvia diferencia entre la potencialidad de que un suceso ocurra y el hecho consumado. La potencialidad no debe confundirse con la predicción. Los académicos que no comprenden la distinción entre estos conceptos necesitan repasar sus apuntes de metodología de la investigación.

VI. Tercer factor: el evento desencadenante

En el terreno de los suicidios colectivos, la diferencia entre un grupo religioso *potencialmente* suicida que consuma el hecho y otro que no lo ha ejecutado, radica en un tercer factor: el evento desencadenante.

La observación establece que existen grupos religiosos que reúnen las condiciones para ser clasificados como potencialmente suicidas, pero que sin embargo no han consumado el hecho. El que ocurra esto último dependerá en estos casos de que se presente o no el tercer factor. Este evento desencadenante puede ser producto de una experiencia mística, de una confrontación con la sociedad (real o imaginaria) o de cualquier otra variable. Siempre, sin embargo, consistirá en una indicación dada por el líder.

Examinense los casos de Jim Jones en Guyana y de David Koresh en Waco, Texas. Analícese el de la Puerta del Cielo. Pasaron años antes de que se suscitara los suicidios colectivos, sin embargo, desde el día en que apareció el binomio líder mesiánico y gente dispuesta a obedecer incondicionalmente, las semillas de la tragedia ya estaban allí. En el caso de Marshall Applewhite el evento desencadenante tardó 22 años en presentarse (Gleick, *op. cit.*), con Koresh fueron 9 años (Samples *et al.*, *op. cit.*) y con Jim Jones 13 (Melton, 1996).

Es aquí en donde está equivocada la hipótesis de la investigadora Renée de la Torre al sugerir que se requeriría primero de un discurso inductivo por parte del líder principal para considerar a la iglesia La Luz del Mundo como potencialmente suicida. Dado que existe abundante evidencia de que el binomio líder mesiánico-obediencia incondicional está presente desde hace tiempo en dicha organización, la confusión de conceptos es evidente en esta postura pues el

requisito que se busca corresponde al evento desencadenante, no a los dos factores que se necesitan para considerar a un grupo religioso como potencialmente suicida.

El discurso que De la Torre busca se debe considerar más bien parte del factor desencadenante, el cual puede hacer su aparición de un día a otro, sin necesidad de mayor elaboración y mucho menos de estar accesible a los investigadores sociales.

En realidad, las investigaciones de De la Torre acerca del discurso en La Luz del Mundo, aunadas a otros estudios al respecto, ayudan a esclarecer, además del carácter autoritario de la organización, el mesianismo de su líder principal, y su clasificación como un sistema total, según el concepto de Irwin Goffman. En otras palabras, dichos estudios realmente ayudan a confirmar la potencialidad suicida en La Luz del Mundo, cuando se examinan en el marco teórico correcto y en el contexto de la información disponible para los investigadores desde 1996.

El prescindir de un enfoque interdisciplinario para intentar comprender fenómenos complejos como el suicidio colectivo motivado por causas religiosas ha sido, entre otras, la causa que De la Torre y otros investigadores no hayan podido llegar a conclusiones válidas al evaluar el tema de la potencialidad suicida en La Luz del Mundo en el contexto de la polémica que suscitaron las declaraciones de algunos de sus integrantes en el marco del evento de la Puerta del Cielo. Dichos integrantes declararon estar dispuestos a suicidarse en caso de que su máximo líder, Samuel Joaquín, se los llegara a pedir.

El anterior es un ejemplo de cómo una metodología deficiente puede ocasionar que el investigador social, en vez de adelantarse a los sucesos y aportar hipótesis para intentar prever escenarios futuros, se quede esperando a que aparezca un factor, que de estar presente, ya hubiera generado una tragedia.

Los sistemas de creencias que utilizan métodos para inhibir el juicio crítico de sus seguidores, pueden ser identificados cuando están moviéndose en dirección del suicidio colectivo. Un indicador puede ser estudiado en los casos de Waco, Guyana y Rancho Santa Fe, en donde la obediencia incondicional del grupo era puesta a prueba gradualmente. En estos tres casos se exigía que se confirmara en los hechos la decisión implícita de obedecer en todo al líder. Para ello se demandaban muestras visibles cada vez más radicales de dicha disposición.

Como evidencia de la rendición total de los seguidores a sus designios, David Koresh logró dos cosas que llaman poderosamente la atención. Una de ellas fue el convencer a sus discípulos de que para él era lícito tener relaciones sexuales

con varias mujeres de la secta al mismo tiempo. Padres, madres y familias enteras accedieron a proveer aun a sus propias hijas (adolescentes o prepúberes) para complacerle (Samples *et al.*, *op. cit.*).

La gran mayoría de los davidianos nunca objetaron a estos hechos, incluyendo a los padres de las jovencitas. Tampoco ellas mismas. Este hecho es significativo ya que la sociedad americana, en particular la del estado de Texas, tiene leyes y algunos principios comunes que tienden a rechazar este tipo de conductas.

Una situación con similitudes sorprendentes se ha manifestado en el caso de Luz del Mundo en México, en el seno de una cultura machista y de valores tradicionalistas, como la jalisciense. En “Un estudio psicoanalítico sobre la relación líder-feligresía en la Luz del Mundo”, el Dr. Mascareñas Ruiz, catedrático de psiquiatría de la Universidad Autónoma de Nuevo León, reporta el establecimiento de ritos internos en donde menores de edad y jóvenes solteras son objeto de violaciones y abuso sexual por parte del máximo líder de la agrupación, Samuel Joaquín (Mascareñas y Mascareñas, *op. cit.*). La naturaleza ritual de estas prácticas, que en la mayoría de los casos están restringidos a la élite llamada “los incondicionales” ha sido confirmada por la doctora Sylvia Marcos, antropóloga y profesora de *Claremont Graduate School* en California. Como en el caso de Waco, la práctica de dichos abusos ha sido no sólo aceptado pasivamente, sino considerado una bendición divina por padres y familiares de algunas de las víctimas.

Los ritos al interior de Luz del Mundo, al igual que el caso de Jim Jones y Shoko Asahara, han incluido también la intimidación y la presunta eliminación de disidentes críticos de la organización. Uno de los casos de tortura ritual mejor documentado en nuestro país es precisamente el de Moisés Padilla Íñiguez, quien fue secuestrado en 1998 después de que se publicara una entrevista con él en la *Revista Académica para el Estudio de las Religiones*. En ella Padilla, un ex-miembro de la Luz del Mundo, narra el abuso sexual de que fue objeto por parte de Samuel Joaquín cuando era menor de edad. La argumentación religiosa que le fue dada es similar a la que utilizaron David Koresh y Jim Jones para violar los derechos humanos de sus fieles. Inmediatamente después de la publicación de la entrevista, Padilla Íñiguez fue secuestrado fuera de su casa en Guadalajara. Al otro día, fue hallado desnudo, al borde de la muerte, con dos litros de sangre perdidos, producto de múltiples heridas que le fueron producidas durante un elaborado rito de tortura. Previamente a este suceso, Padilla había sido objeto de dos golpizas en las cuales se le advirtió que se abstuviera de hablar en contra del “Varón de Dios”. Moisés Padilla vive hoy asilado

en el extranjero. Su madre y otros familiares pertenecen aún a Luz del Mundo y apoyan públicamente al líder.

Los anteriores son ejemplos de cómo la subcultura creada por el binomio líder mesiánico-colectividad sumisa total, modifica en forma rápida e importante la conducta de un grupo social, independientemente de los valores de la cultura en que se desenvuelve. El caso de Waco constituye también una demostración de la disposición real a obedecer cualquier orden que provenga del líder. En condiciones normales, los padres de familia estarían dispuestos a oponerse a alguien que deseara abusar sexualmente de sus hijas e hijos menores de edad. Se sentirían ofendidos al recibir una propuesta semejante y agraviados de conocer que han sido objeto de violación. Sería atípico encontrar padres en la cultura texana que, independientemente de su religión, no ofrecieran algún tipo de resistencia (legal, argumentativa, física) antes de resignarse a dejar a sus hijas prepúberes formar parte de un harem. Aun en el caso de una situación forzada sería todavía más difícil convencerlos de que el acto es éticamente correcto y religiosamente grato a Dios.

Sin embargo, David Koresh logró hacer todo esto y más. Y es que como indican los estudios de la Dra. Singer, en la dinámica interna de una secta de esas características, los koreshes son percibidos como poseedores de un poder superior al de la fuerza física, al de las armas o aun al de la capacidad de privar de la vida a un ser humano (Singer *et al.*, 1990). Su poder es para sus seguidores percibido como una realidad trascendente y omnipotente.

Un segundo logro importante del líder de los davidianos fue el solicitar y lograr que todos sus seguidores se abstuvieran de tener relaciones sexuales con sus legítimos cónyuges o con cualquier otra persona (Samples *et al.*, *op. cit.*). Compárese esto con la profunda problemática existente en el sacerdocio católico romano del clero regular en el que los integrantes del mismo, aun cuando hacen un voto juramentado de carácter sagrado para ellos, tienen altos índices de actividad sexual que se desborda frecuentemente en actos ilícitos según el derecho canónico y criminales según las leyes de la mayoría de los países (Berry, 1992). Tal es el caso también del protestantismo en los Estados Unidos que, aunque promulga una moralidad estricta, no ha evitado que los índices de relaciones sexuales prematrimoniales entre sus feligreses vayan a la alza o que frecuentemente se rompa el precepto de castidad o fidelidad conyugal por parte de ministros evangélicos (Blackman, 1984).

En contraste, el quebrantamiento de las normas establecidas no era común en los grupos de Koresh o de Jim Jones. Allí el sistema total controlaba en forma absoluta lo más

íntimo del ser humano con resultados asombrosos.

De hecho, mente y voluntad estaban bajo tal grado de influencia en dichos grupos que los conceptos clásicos de bien y mal podían cambiar de un día a otro y ser aceptados en general, sin cuestionamientos.

La existencia del matrimonio y la familia eran un valor social apreciado por los integrantes del Templo del Pueblo. Un día Jim Jones decretó la disolución de todos los matrimonios. De ahora en adelante para los habitantes de Jonestown era pecaminoso el sostener relaciones íntimas entre esposos. La comunidad simplemente aceptó de inmediato el nuevo valor. Por su parte, el homosexualismo y la infidelidad conyugal eran consideradas en el mismo grupo como conductas prohibidas (Rodríguez, 1997). Sin embargo, Jim Jones practicaba ambas y su comportamiento fue aceptado y hasta sacralizado por los que las conocían (*ibid.*).

Es precisamente esta capacidad de cambiar y sustituir los valores de un grupo social en forma tan rápida y radical, aunada a la sumisión incondicional a cualquier precepto que los líderes mesiánicos decidan decretar, lo que hace extremadamente peligrosas a este tipo de subculturas.

Soslayar por razones políticas el impacto de estos factores fue la razón por la cual científicos sociales y autoridades gubernamentales que tenían conocimiento de las anomalías que en dichas sectas ocurrían, no se adelantaron a los acontecimientos, y por ende fallaron en prevenirlos teniendo ante sus ojos elementos suficientes para hacerlo.

Conclusiones

Los suicidios colectivos rituales son el resultado de un proceso. La obediencia incondicional de los seguidores de un autoproclamado Mesías puede medirse objetivamente a través de hechos observables como los mencionados hasta aquí. Acciones como aprobar que seres queridos sean objeto de abusos sexuales, o someterse gozosamente a procedimientos contranatura (caso de la castración voluntaria de algunos seguidores de Applewhite), la existencia de comunidades religiosas que cambian en forma súbita y acrítica de valores a capricho de un dirigente religioso han sido el prelude en todos y cada uno de los casos de suicidio colectivo ritual conocidos hasta ahora. Sin embargo, el proceso que lleva al desenlace final es de duración variable y es difícil determinar el momento exacto en que ocurrirá.

Lo cierto es que una vez dadas las condiciones que establecen la potencialidad suicida de un grupo religioso, en cualquier instante se puede generar el evento desencadenante y el suicidio se llevará a cabo. La totalidad del proceso puede tardar 80 años o unas cuantas horas. Pero una vez que se

ha puesto en marcha, las vidas de muchos seres humanos, incluidos niños, dependerán entonces de una sola cosa: la aparición del factor desencadenante. Y éste a su vez dependerá de lo que suceda en la mente de un solo individuo: el líder mesiánico.

Un sinnúmero de variables exógenas y endógenas, de índole ética, social, cultural, política, religiosa y de salud, pueden influir, pero al final todo dependerá de una indicación: la del dirigente religioso.

Tomando en cuenta que la psiquiatría médica clasifica invariablemente a los líderes con pretensiones mesiánicas como individuos con complejas patologías mentales, el asunto se vuelve todavía más delicado. Los diagnósticos más comunes en que encuadran este tipo de personalidades es la psicosis con delusión de grandeza (Goldman, *op. cit.*) y el narcisismo maligno (American Psychiatric Association, *op. cit.*). Ambos son desequilibrios de la mente que involucran delirios paranoides de persecución. La pérdida de contacto con la realidad es característica del primero y la conducta sociopática del segundo.

En resumen, la vida de toda una comunidad que se halla inmersa en una situación tal pende únicamente de la decisión de una mente patológica e inestable. Una alucinación auditiva o visual, un delirio paranoide ante un enemigo inexistente; el afán de exaltación desmedida, a través de immortalizar su memoria o simplemente un capricho; un desequilibrio hormonal o un error de exegética, pueden ocasionar que se dé la fatídica indicación. Ésta, proveniente de quien es percibido por sus seguidores como un ser divino, de inmediato se convierte en un imperativo absoluto que da lugar a un suicidio colectivo.

El hecho de que ocurra una autoinmolación masiva inducida por un ser humano es en sí un tema que naturalmente llama la atención de investigadores de diferentes disciplinas, así como la de la opinión pública y de los medios de co-

municación por el peligro que representa para la sociedad. Es explicable que sean los suicidios rituales sucesos que generen tanta atención. Su novedad, su relativamente repentina aparición en el escenario sociorreligioso de fin de siglo, las extrañas mezclas ideológicas que los provocan, la figura misteriosa de los autoproclamados Mesías que siempre va ligada con sus vidas secretas, por lo general plagadas de escándalos y conductas contradictorias, son sólo algunos de los factores que hacen que sean considerados más noticia que, por ejemplo, el caso de un niño de 8 años que muere porque sus padres le impiden una transfusión de sangre por causa de sus creencias religiosas.

Es obvio que los peligros más comunes de seguir a liderazgos con pretensiones mesiánicas no están de ninguna manera circunscritos al suicidio colectivo ritual. Por lo mismo, no debe circunscribirse el estudio de las comunidades con estas tendencias a ese solo fenómeno como si se tratara del único problema asociado. Sin embargo, tampoco debemos minimizarlo y mucho menos ignorarlo. Todo indica que es una patología social que ha llegado para quedarse y su incidencia aumenta conforme se acerca el nuevo milenio. Lo anterior reclama mayor investigación científica en este campo para diseñar estrategias efectivas para prevenir la pérdida de vidas humanas. Particularmente, estrategias educativas para informar a la sociedad acerca de los peligros que representan los sistemas religiosos que utilizan técnicas de manipulación psicofisiológica para inhibir el juicio crítico. Dado que invariablemente las agrupaciones que han generado suicidios colectivos y actos de terrorismo se han amparado bajo el lema de la tolerancia religiosa para realizar actividades ilícitas, se hace necesario también abrir una discusión académica sobre este tema para establecer qué criterios deben regular la actividad religiosa cuando ésta se ejerce al margen de la ley o violando los derechos humanos.



BIBLIOGRAFÍA

- Abanes, R. (1998). *End-Time Visions: The Road to Armageddon?* Four Walls Eight Windows, Nueva York, Estados Unidos.
- American Psychiatric Association. (1994). *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*. 4th edition. American Psychiatric Association, Washington, D. C. Estados Unidos.

- Baruk, H. (1960). *Psiquiatría Moral Experimental*. Fondo de Cultura Económica, México, D. F.
- Berry, J. (1992). *Lead Us Not Into Temptation*. Image Books, Nueva York, Estados Unidos.
- Blackman, R. (1984). *The Hazards of the Ministry*. (Tesis doctoral). Fuller

- Theological Seminary, Estados Unidos.
- Brown, F.; Driver, S. y Briggs, C. (1979). *The New Brown-Driver-Briggs-Gesenius Hebrew and English Lexicon*. Hendrickson, Peabody, Estados Unidos.
- Cameron, N. y Rychlak, J. (1985). *Personality Development and Psychopathology*. 2nd edition. Houghton Mifflin Company, Boston, Estados Unidos.
- Clarck, J. (1979). "Cults", en *Journal of the American Medical Association*. 242 (3).
- Decker, E. y Hunt, D. (1987). *Los fabricantes de dioses*. Betania, Miami, Estados Unidos.
- Edersheim, A. (1987). *Vida y tiempos de Jesús el Mesías*. (T. II), CLIE, Barcelona, España.
- Erdely, J.
____ (1994). *Pastores que abusan*. MBR, México, D. F.
____ (1997). "Sectas Destructivas: Definiciones y Metodología de Análisis", en *Revista Académica para el Estudio de las Religiones*. (T. I), México, D. F.
- Fofana, L. (1997). "Sierra Leone's Battle of the Magic Men", en *Mail and Guardian*. Febrero 20, Sudáfrica.
- Garma, C. (1997). "Sectas y Sociedad de Consumo", en *La Jornada* (Suplemento Semanal). Julio 20, México, D. F.
- Gleick, E. (1977). "The Marker We've been Waiting for", en *Time*, Abril 7, Estados Unidos.
- Goldman, H. (1994). *Psiquiatría general*. 3^a. edición. Manual Moderno, México, D. F.
- Grafstein, L. (1984). "Messianic Capitalism", en *The New Republic*. Febrero 20.
- Harris, J. (1977). "Mystery of a Killer Cult", en *Reader's Digest*. Diciembre, Estados Unidos.
- Hochman, J. (1990). "Miracle, Mystery and Authority: The Triangle of Cult Indoctrination", en *Psychiatric Annals*.
- Jeremiah Films (1986). *Fear is The Master* (Video documental). Hemet, California, Estados Unidos.
- Jubiz, W. (1981). *Endocrinología Clínica*. Manual Moderno, México, D. F.
- Kaplan, D. y Marshall, A. (1996). *The Cult at The End of The World*. Crown Publisher, Nueva York, Estados Unidos.
- La Atalaya* (1957). Watchtower. 1^o de mayo, Brooklyn, Estados Unidos.
- Langone, M.
____ (1988). *Cults and Mind Control*. International Cult Education Program, Nueva York, Estados Unidos.
____ (ed.) (1993). *Recovery from Cults*. Norton, Nueva York, Estados Unidos.
- Leenaars, A. (1996). "Suicide: a Multidimensional Malaise", en *Suicide Life Threat Behav.* 26 (3), Estados Unidos.
- Lifton, R. (1989). *Thought Reform and The Psychology of Totalism: A study of "brainwashing" in China*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, Carolina del Norte, Estados Unidos.
- Lyons-Ruth, K.; Zeanah, C. y Benoit, D. (1996). "Disorder and Risk for Disorder During Infancy and Toddlerhood", en Mash, E. y Barkley, R. *Child Psychopathology*. The Guilford Press, Nueva York, Estados Unidos.
- Magid, K. y McKelvey, C. (1989). *High Risk: Children Without a Conscience*. Bantam Books, Nueva York, Estados Unidos.
- Mascareñas, J. y Mascareñas, C. (1997). "Un estudio psicoanalítico sobre la relación líder feligresía en la iglesia La Luz del Mundo", en *Revista Académica para el Estudio de las Religiones*. (T. I), México, D. F.
- Melton, J. (1996). *Encyclopedia of American Religions*. 5th edition. Gale Research, Detroit, Estados Unidos.
- Ofshe, R. y Singer, M. (1986). "Attacks on Peripheral Versus Central Elements of Self and The Impact of Thought Reform Techniques", en *Cultic Studies Journal*. (3), Bonita Springs, Estados Unidos.
- Rodríguez, J. (1997). *El poder de las sectas*. Grupo Zeta, Barcelona, España.
- Russakoff, D. y Kovaleski, F. (1995). "An Ordinary Boy's Extraordinary Rage", en *The Washington Post*. Julio 2, Washington D. C., Estados Unidos.
- Samples, K.; de Castro, E.; Abanes, R. et al. (1994) *Prophets of the Apocalypse*. Grand Rapids, Baker Books, Grand Rapids, Estados Unidos.
- Singer, M.
____ (1979). "Coming out of the Cults", en *Psychology Today*. 12, Estados Unidos.
____ (1987) "Group Psychodynamics", en Berkow, R (ed.). *The Merck manual*. 15th edition. Estados Unidos.
____ Temerlin, M. y Langone, M. (1990). "Psychotherapy Cults", en *Cultic Studies Journal*. 7 (2), Bonita Springs, Estados Unidos.
____ (1995). "Cults: Implications for Family Therapist", en Mikesell, R.; Lusterman, D. y McDaniel, S. (ed). *Integrating Family Therapy*. American Psychological Association, Washington D. C., Estados Unidos.
- Southwick, S. et al. (1994). "Psychobiologic Research in Post-Traumatic Stress Disorder", en *Psychiatr Clin North Am.* 17 (2).
- The New Encyclopaedia Britannica* (1995). Encyclopaedia Britannica. (T. VII), 15th edition. Chicago, Estados Unidos.
- Thomas, E. (1977). "Web de la Muerte", en *Newsweek* (edición en español). Abril 9 .
- Tobias, M. y Lalich, J. (1994). *Captive Hearts Captive Minds*. Alameda: Hunter House, Alameda, Estados Unidos.
- Wheaton (1990). *The New-English Interlinear New Testament*. Wheaton, Tyndale.
- West, J. y Singer, M. (1980). "Cults, Quacks and Nonprofessional Psychotherapies", en Kaplan, H.; Freedman, A. y Sadock, B. *Comprehensive Textbook of Psychiatry III*. 3rd edition. Williams and Wilkins, Baltimore, Estados Unidos.